LA CIUDAD DEL DELITO

a novel

LA CIUDAD DEL DELITO

Por “MENDOZA”

19/08/2022 (ORIGINAL) // 18/11/2025 (ADAPTACIÓN) // 23/11/2025 (CORRECIÓN)

a Rafael Bernal

a Dashiell Hammet

y a todos aquellos que han

seguido este proyecto por años.

NOTA DEL AUTOR

Ésta no es como tal una novela. Es el resultado de reescribir un guion cinematográfico escrito hace muchos años. Este proyecto buscó realizarse por diversos medios, pero nunca cuajó en un formato de video más allá de un cortometraje utilizando la técnica *Machinima*, que dejó insatisfecha a una gran mayoría. Para aquellos que se quedaron con ganas de conocer la historia original, esta es una adaptación al formato de la novela negra. En cuanto a la Ciudad, desde un inicio se tuvo en mente la Ciudad de México como su ambientación, a principios de la década de 1980 (80-82).

MENDOZA

I

La Ciudad a esas horas emitía sus sonidos, vibraba a su decadente ritmo, entonaba la decrépita sinfonía de las noches, quedaba a merced de sus moradores.

Una de las cosas más importantes que Damián había aprendido en su vida, es que una persona era capaz de hacer lo impensable por el precio correcto. Esos pensamientos iban revoloteándole por la cabeza a medida que conducía por el Eje Central, una suerte de forma de convencerse de que lo que estaba por hacer había sido rutinario años atrás. Solamente estaba desacostumbrado. Condujo el Ford Maverick grisáceo varios minutos más, por varias calles más cuyos nombres solía omitir pero que reconocía como parte del primer cuadro de la Ciudad, el Centro Histórico.

Llegó a donde debía, un edificio de despachos, viejo, alto, con un toquecito de estilo *art decó* en su arquitectura. En el primer piso quedaba el despacho de su interés, con la ventana abierta, las persianas corridas, y de ella, emanaba una voz a la que aun no prestaba atención. Estacionó el coche detrás de un taxi de sitio estacionado con las luces direccionales encendidas.

Se acercó a un teléfono público en la esquina y discó el número telefónico del despacho de Cardoso. Tras tres pitidos hubo respuesta.

—Cardoso, ya tengo al objetivo.

—Bien, ¿y qué está haciendo?

—Nada, parece estar ahí sin hacer nada más que hablar, parece estar telefoneando a alguien.

—De hecho *está* hablando con alguien, para ser más concisos un tira que me quiere chingar bien y bonito.

—¿Y por qué no lo ha sobornado?

—Todavía no le llego al precio, ya ves, que hay algunos que hasta exigentes se ponen.

—No se me altere, para algo me habló a mí, ¿No?

—Pues ya sabes que tienes que hacer, al ruedo.

Colgó el teléfono y volvió al coche, que había dejado estratégicamente bajo la ventana del despacho. Sacó una caja de cigarros Raleigh y se prendió uno. La voz seguía hablando, y así permaneció por largo rato.

—Sí, ya estoy aquí...

—...

—No se tarde por favor, lo veo abajo.

Damián no apagó el cigarro. Abrió la puerta del coche y de la guantera sacó la .45, la puso en su cintura, entre el pantalón y la camisa fajada y entró por la puerta alta de la entrada, adornada con dos columnas corintias.

El tipo que había escuchado venía saliendo del despacho *A* del primer piso del edificio, y supo que era él cuando vio su rostro, el rostro de los recortes de periódico que le habían proporcionado, la voz de las cintas que le habían puesto a andar en uno de esos modernos *aparatejos,* tecnológicamente superiores a las pesadas grabadoras cinta-a-cinta.

—¿Amigo, te puedo ayudar en algo?

—Ocupo vasculeárlo, jefe.

—¿Qué?

—Necesito hacerle una pequeña revisión, por favor.

—¿Es usted un policía?

—Sí señor, asistente del oficial, antes de que se vean los dos necesito revisarlo para saber que no traiga nada con qué hacerle daño... Ya ve, protocolos de la policía.

El tipo levantó las manos y se puso contra la pared mitad de concreto, mitad de mármol, con entera confianza. El traje negro y la camisa azul celeste le daban esa pinta de judicial, de agente de la Secreta.

—Se agradece... —Apuntó la .45 con la mano izquierda, mientras que con la derecha manoseaba al sujeto— Manténgase quieto.

—A ver, a ver...

La bala le entró por la nuca al tipo antes siquiera de acabara de procesar aquello de lo que se había percatado en cuanto sintió el metal de la pistola posarse con cierta delicadeza tras de sí. La mancha roja quedó plasmada sobre el mármol de la pared, gotas pequeñas se derramaban poco a poco, y el tipo, iría a salir a la mañana siguiente en los periódicos, pero ahora, en la cada vez más insensible Nota Roja.

Había conducido una vez más. Se había adentrado en el amasijo que era la Ciudad. Había salido del Centro, había conducido hacia el Norte y ya por fin había alcanzado las afueras fabriles antes de entrar a los campos extensos que la separaban de los pueblos satélites. La Zona Industrial de Vallejo. Estacionó el coche afuera de otras oficinas.

La oficina del Sindicato de Taxistas de la Ciudad estaba iluminada por largos tubos de luz fluorescente, cuyo sonoro revoloteo acompañaba, junto a una balada gringa, la gris existencia de Jeremías Cardoso, quien se hallaba sentado frente a su escritorio, rellenando con una pluma y un papel una larga libreta amarillenta. Se levantó al ver entrar a Damián por la puerta.

—Perdón por llegar tarde.

—No hay problemas, yo estoy aquí hasta las doce.

—Ya quedó, el tipo está muerto, mañana lo ves en el Gráfico otra vez.

—Pues toma tu dinero, cincuenta mil —Extendió un fajo de devaluados billetes de pesos contados en miles a la mano de Damián— hiciste un buen trabajo como siempre.

—Gracias. —Respondió taciturno.

—Me empiezas a caer bien, considérame un amigo.

—Vaya, jamás creí tener un amigo de sindicato charro.

—Mira las vueltas que da la vida, *amigo*.

Había estado deambulando por la Ciudad subido en el coche varias horas. Se acabó la cajetilla de cigarros. Estuvo estacionado unas cuantas docenas de minutos en un callejón, jugueteando con las balas de la pistola e intentando procesar lo que había pasado. Y volviendo a recordar las palabras que oyó cuando formó parte de una de esas turbulentas *policías políticas* que tenía el gobierno años atrás.

«Una persona es capaz de hacer lo impensable por el precio correcto.»

El edificio de departamentos donde vivía estaba a un par de barrios del Centro, sobre la avenida Nuevo León. Era parte de la Condesa, un Barrio Clásico, la manera suavizada en que muchos poderosos llamaban a aquellas partes viejas de la ciudad, partes marginadas, pero que tenían un explotable potencial de atraer visitantes a quienes contarles historias y cobrarles por vivirlas. Dejó estacionado el coche en una pensión a las dos y media de la madrugada, junto al resto de coches que poseían los varios vecinos que cohabitaban esa colmena de épocas mejores.

En la planta baja había un cafetín abierto las veinticuatro horas, cuyo anuncio de neón entraba por las ventanas del departamento de Damián. Antes de subir a dormir un rato, al descender del coche, decidió pasar por algo ligero para cenar. Siempre ese anuncio enorme, en neones, le despertaba el hambre, y el saber que a esas horas trabajaba el único tipo al

cual llamaba *amigo* en serio, no por compromiso, le despertaba las soterradas ganas de platicar.

—Johnny, ¿qué cuentas hermano? —Dijo en voz alta a su amigo, quien levantó la mirada al tiempo que su sonrisa se dibujaba en el rostro.

—Damiancito, hace cuanto que no te veo.

—No sé, unas... ¿tres semanas?

—Eres como el cometa Halley, pasas cada 76 años.

—Y eso que vivo aquí arriba.

—Ándale... ¿Entonces por qué tan desaparecido socio?

—Ando durmiéndome temprano... Pero hoy no.

—¿Hiciste algún trabajito hoy, por eso?

—Eh, si.

—¿Para tu amiguito ese del Sindicato?

—Sí.

—Últimamente has estado trabajando mucho para esos güeyes... Cardoso no me da confianza ¿sabes?. Su primo está en el gobierno, y no en cualquier jalada... Por eso hace tanto desmán.

—Con que no jodas con ellos todo está bien, así es como lo veo.

—Ten cuidado, a estos, la lealtad es algo que les importa un carajo.

—A los del gobierno también Johnny... Aparte con los dos te chingas bien y bonito.

—Pero al menos con los del gobierno estás en una nómina...

Se hizo el silencio unos instantes.

—Lo de todas las madrugadas, ¿Verdad?

—Ujum... Leche fría y un pan de dulce.

Al llegar al departamento se dirigió al baño. Sacó del botiquín un botecito de diazepam. Se tomó una pastilla con un refresco viejo que había quedado en la tarja de la cocina por un par de días. Le supo como el carajo. Cayó dormido con todo y como iba vestido en un par

de minutos sobre el colchón en que dormía, con la luz roja del Abierto las 24 horas cayéndole en la cara.

II

Volvía al Centro, al despacho de un pedante abogaducho en el que hacía de contador. La tarde caía cuan radiante podía ser en un día soleado sobre los enormes ventanales. El sonido de un par de patrullas no era lo suficientemente raro. Hablaba con el compañero Miguel, otro al que llamaba amigo más por compromiso que por realmente serlo.

—¿Qué traes que te veo tan mal, Damián?

—Me dormí como a las 4 de la mañana.

—¿Y eso?

—Tengo mi horario de sueño hecho pedazos.

—Eso sin contar, bueno, lo otro que me dijiste que haces.

—Eh, eso es privado, jamás le vayas a decir al jefe. Te tengo demasiada confianza, y no quiero que la cagues.

—Tranquilo amigo, sabes que conmigo puedes hablar de lo que sea.

—Eso suena como una cortesía... Como que me quieres hacer hablar. ¿Eres poli? ¿Eres un detective o algo?

—Nada de eso. Es más, te conseguí a un cliente que quizás te pueda interesar.

—Lo haré, cuando termine un par de asuntos que tengo pendientes por ahí. ¿Cuánto nos queda de hora libre?

—5 minutos.

—Bueno, pues al ruedo otra vez.

Tomó nuevamente la libreta y comenzó a contar los devaluados billetes uno a uno.

Al acabar la jornada se dirigió a la estación del Metro que más cerca le quedaba, Pino Suárez. Esa tarde le apeteció usar mejor el Metro. A un par de pasos de él, en el vacío andén, estaba parada una muchacha de cabello recortado, morena, de estatura media, luciendo un vestido negro floreado con un par de zapatitos elegantes. Parecía salida de una melosa película del Cine de Oro.

—¿Por qué tardará tanto esta cosa? —Dijo entre dientes, casi para sí mismo, salvo porque tenía público.

—El tren suele tardar porque la gente se suele lanzar a las vías con frecuencia.

—Por algo no tomaba esto.

—Ya veo —La muchacha rió—. Es muy feo que pasen esas cosas ¿no crees?

Estaban prácticamente solos los dos esperando a que el enorme convoy rojo apareciese y los llevase hacia otro lado luego de abrir sus puertas de par en par.

—Sí, más que feo. Vivir aquí... A veces uno no quiere.

—¿Tú también piensas eso?

—Sí... Pero es darle mucha vuelta a algo... Y no soy así.

—¿Así cómo?

—Cómo esa gente que se hace la interesante.

—Luces interesante.

—Vaya... ¿Interesante en qué sentido según usted?

—No sé... Interesante.

—¿En serio lo cree?

—Claro.

—Bueno, no lo soy tanto. —Pegó una risotada.

—¿Cómo te llamas?

—Damián, a sus órdenes —En su mente eso de "a sus órdenes" sonó terriblemente mal; "a sus órdenes por si se quiere quebrar a alguien".

—Mucho gusto —La muchacha sonrió.

—¿Usted cómo se llama?

—Rosalba Heredia.

—Mucho gusto Rosalba.

—Mira, se me está haciendo tarde para llegar a casa, así que creo que tendré que tomar un taxi. Pero si quieres te puedo dar mi dirección o mi número de teléfono.

—El número de teléfono está bien.

—De acuerdo, ¿tienes papel para anotar?

Rebuscó en la bolsa de su saco, y encontró un *ticket*. La pluma la llevaba siempre en la bolsa de la camisa. La muchacha anotó la serie de números. Damián también anotó el suyo en otra parte del *ticket*, lo partió y le dio su parte. La muchacha, contenta, lo recibió y luego se despidió con la mano, sonrisa en rostro. Salió por las mismas escaleras por las que habría bajado un par de docenas de minutos antes.

La oficina en la Industrial Vallejo era la misma, y el escenario casi el mismo, salvo porque Cardoso no se había levantado de la silla a saludar.

—Llegas tarde Damián.

—Lo siento, ya ve cómo está el metro.

—Te lo paso solo por tratarse de esa chatarra.

—Gracias. ¿Qué nuevo me tienes?

—Pues mira, nuestro contador nos ha estado robando dinero para entregarlo a otras personas que desconocemos, el dinero que llega a sus manos como parte de la cuota es sustraído y nos entrega billetes falsos.

—Ajá.

—El plan es el siguiente. El tipo va a reunirse con alguien para entregarle algo del dinero esta noche, lo sé porque así como le tenía intervenidas las llamadas al periodistucho aquel, también le intervine las llamadas a él.

—Sé directo, amigo, ¿qué debo de hacer?

—Ya sabes...

—Entiendo, entiendo. ¿más o menos a qué hora se van a ver ambos?

—A eso de las nueve en la estación vieja de los Ferrocarriles. Tienes una hora para preparar lo que debes hacer. Quiero que ese tipo esté muerto, y no quiero testigos, deshazte de cualquiera que vea o escuche algo que no debe.

—¿No será mejor antes sacarle la sopa de a quién le está dando el dinero?

—No... Yo ya sé que se lo anda repartiendo con un amigo suyo... Creen que pueden con esas jugarretas.

—Pues bueno, ese idiota le dejará de dar problemas para hoy en la noche.

—Que conste.

—Que conste.

Se levantó del escritorio y sin mirar atrás salió por la puerta, de ahí, fue hacia la calle nuevamente.

Miraba la .45 en la mesita de la sala, jugueteaba con ella, con las balas. Tenía que volverse a acostumbrar a ello. Recaía su mente en las mismas palabras, palabrejas, pero palabrejas con razón, al menos en su mente. Se replanteaba el por qué tiene una pistola en casa en primer lugar. Se levantó y caminó hacia la cocina, tomó una botella con leche y se sentó. Prendió la televisión y se puso a contemplar la telenovela insulsa de las ocho y media en lo que terminaba de tomarse lo suyo.

Las afueras de la estación de Ferrocarril parecían haber quedado atrapadas en los años sesenta. Las vías por las que pasaban los enormes y antigüos trenes tras enormes rejas, el campo árido, algunas casas improvisadas pringando los alrededores, y esa noche en específico, cuando el reloj de la muñeca izquierda de Damián marcaba ya las nueve con dos minutos, una camioneta Ford de color verde y un coche japonés Datsun azul. El Ford de Damián pasaba desapercibido entre un viejo vagón que había visto días mejores. Desde la comodidad de su asiento podía escuchar a los tipos reunidos.

—¿Lo robaste hoy?

—Así es, dinero fresquecito, tú no te preocupes.

—Bueno, vayamos con el jefe para entregarle esto.

Damián bajó del auto mientras se cuestionba por qué mencionaron a un "jefe". Sabía que había que sacarles la sopa, se dijo. Sacó la .45 de donde la traía habitualmente.

—Hey, buenas noches, muchachos. —Les dijo, apuntando con la .45.

—¿Tú quién eres? —Preguntó el otro tipo.

—Solo quiero hablar con tu amigo, el del sindicato.

—Me lleva el carajo. —Terció el contador.

—Tranquilo, solo quiero darte un mensaje de parte del señor Cardoso...

El otro tipo, con toda la pinta de un guarura, sacó un revólver de una funda sobaquera y disparó contra Damián, quien logró esquivar el disparo que fue a dar en el cristal del vagón que se encontraba tras él. Ambos subieron al auto azul y arrancaron. Damián corrió tras ellos sin dejar de apuntar.

En una de las calles aledañas a la estación, ya habiendo salido del árido entorno, detuvieron el coche. Escondiéndose.

—Creo que lo perdimos.

—No hay que confiarnos, alista tu revolver de nuevo.

—Ve arrancan...

Al extraño guarura le entró un disparo por la nuca antes de poder terminar su instrucción. El contador arrancó el coche con rapidez.

Damián le disparó a uno de los neumáticos y acabó estrellándose conra un poste de luz. El contador se deslizó por la puerta izquierda del coche, y comenzó a arrastrarse, herido, había impactado su cabeza contra el parabrisas. Damián se acercó por la espalda con la .45 apuntando constantemente.

—No tienes por qué hacer esto. —Dijo entre toses.

—Nadie te manda a hacer cosas que no, compañero...

—¿Sabes quién soy yo?

—No, pero me hago a la idea... Un pendejo.

Disparó al contador. La bala le entró por la frente. Terminó de desplomarse contra la calle mal pavimentada, contra un charco de aguas negras que pronto se fue tiñendo del chorro rojo que brotaba de la frente del traicionero contador. ¿Traicionero de qué? ¿No qué ladrón que roba a ladrón..? Se preguntaba Damián mientras apuraba el paso al oir una sirena de patrulla acercarse al lugar.

Apenas iría a amanecer, y antes de irse a trabajar, esperaba a Johnny, para poder platicar con él antes de que finalizara el turno. Era el único amigo que tenía, el único en quien confiaba, el único que había vivido también las andanzas de la *policía política*.

—Damiancito, ¿qué tal?

—Buenas, aquí nada más.

—Te ves cansado...

—Estoy bien, solo... dormí poco. —Bostezó.

—¿Fue por tu trabajito?

—Justamente por eso.

—¿Y ahora?

—No mucho, solo fue finiquitar a un ratero pendejo, no creo que haya sido gran cosa.

Varias patrullas del Departamento de Policía y Tránsito, tanto reglamentarias como de la Secreta ya se habían hecho presentes tras el reporte de que dos cuerpos yacían afuera de la estación antigua de los Ferrocarriles. De una de ellas descendió el agente Rosendo Cobián, y se acerca al detective Juan Carlos Reyes.

—¿Otro homicidio? —Preguntó Cobián.

—Dos —Respondió Juan Carlos, lacónico.

—¿De quienes se trata?

—El primero lo desconozco, pero al de al lado si lo ubico, es Salvador Fonseca, contador, antecedentes por asalto a mano armada.

—¿Cómo lo sabes?

—Mira y aprende Ros, primero que nada, uno de ellos, el gordo, es Salvador, trabajaba como contador para el STC, empezó de taxista pero luego entró de grillo... Ese es el sindicato más violento de la ciudad, sus operadores ya han linchado varios dirigentes, el que está ahorita no, porque aunque lo tienen cooptado tiene primo en el mero poder.

—¿Y el otro?

—El otro llevaba una identificación falsa, sospechamos que tiene que ver con los famosos asaltabancos.

—Quiero ver su rostro, quizás pueda reconocerlo.

—Eh, lo dudo, no creo que puedas reconocer esa cara, aparte de baleada con una .45, está toda tasajeada por vidrios rotos.

—Con que una .45... Ya hubo algo parecido, y hace poco.

—¿Cómo?, refréscame la memoria.

—El periodista que amaneció muerto en el Centro, curiosamente también tuvo que ver con el sindicato, sabía que el primo del diligente estaba en el gobierno, y todo el demás rollo de las cuotas, todo eso.

—¿Crees que sea un asesino en serie?

—No, un asesino a sueldo, un guarura, ahorita está habiendo mucho de eso en la ciudad... Guarurismo, matones a sueldo... —Reflexionó el uniformado— Ya veo por qué Gonzalo Cardoso nos encargó investigar esto...

III

Los días anteriores amenazaba con llover, pero ahora se había soltado en serio la lluvia. Lo que no había caído en meses se venía abajo sobre la Ciudad esa tarde. El tráfico se volvió aun más insoportable que de costumbre. Damián avanzaba cuan lento podía por la avenida Juárez, la misma en la que los pensamientos sobre las frases que le había dicho su General. Y antes de que todo ese revolotear de cuestionamientos que volvía a hacerse presente se acrecentase más, y más, la vio. La cara conocida del Metro, atajándose de la tromba junto a más gente bajo la marquesina de un cine. Rosalba, inconfundible por haber salido de una película del cine de Oro. Emparejó el coche a la acera.

—Oiga, ¿Rosalba?

—¿Damián? —Dijo, medio sorprendida.

—¿Se acuerda?

—Claro. —Sonrió. —Está lloviendo muy fuerte.

—Sí, es lo que veo. ¿Hacia dónde va?

—Hacia mi trabajo, ¿por?

—¿Quiere que la lleve?

—¿Sí, no te molesta?

—Para nada que me molesta. Yo entro a trabajar hasta las 11.

—Pues, está bien, vamos.

Un claxon casi coincidente con el término de su conversación les indicó que estaban estorbando. Rosalba subió al coche lo más rápido que pudo, habiéndose mojado un poco. Reanudaron la marcha.

—Y dígame, Rosalba, ¿por dónde trabaja más o menos?

—A dos cuadras, soy escritora.

—¿Escritora de libros?

—No, soy redactora, mejor dicho. Pero me encantaría ser escritora propia.

—Ya veo.

—¿Y tú donde trabajas?

—Igual cerca, en un despacho como contador.

—¿No es cansado?

—Algo, pero es lo que hay.

—Vaya... Mi trabajo queda por acá enfrente. —Dijo señalando un enorme edificio de oficinas de paredes cristalinas.

—¿Es ahí?

—Sí, es ahí.

Estacionó el coche frente al edificio.

—Nos vemos Damián, gracias. —Dijo con su característico buen carácter.

—Nos vemos Rosalba... —Dudó unos segundos y entonces se armó de valor— Por cierto...

Rosalba se giró antes de bajar del coche.

—¿Quisiera ir por un helado no sé, el viernes?

—Claro, me encantaría. —Sonrió y bajó con cuidado. El chubasco se había disipado un poco y pudo irse sin demasiado problema.

—Carajo. —Dijo Damián entre dientes.

De nuevo en la oficina. De nuevo las vistas al Centro, recién empapado por las lluvias, apenas secándose. Estaba taciturno como pocas veces ahí, desconcentrado del trabajo, con la libreta desparramada al lado de los devaluados billetes sobre el escritorio, cuestionándose varias cosas que años atrás jamás se cuestionaba. Adentro podía fumar, una de tantas comodidades que le proporcionaba ese trabajo. ¿Por qué me hago cuestionamientos tan pendejos? Se preguntaba a medida que recaía en las frases de antes, pero sobre todo, a medida que caía en un nuevo pensamiento. Recreaba en su mente la sonrisa de Rosalba, y sentía por dentro algo que muy pocas veces antes. El sol se iba asomando débilmente entre las nubes grises.

—Damián, buenos días. —Dijo Miguel entrando tras la puerta.

—Ah, buenos días —Respondió saliendo de su suerte de trance y dándose cuenta de lo mucho que se había disociado— Qué bueno que llegas.

—¿Por?

—¿Recuerdas lo que me dijiste hace poco? ¿Lo de unos conocidos tuyos que podían ocupar algo de mi?.

—Ah ya... Ahí te va, tengo a unos amigos que se dedican a robar bancos... Les comenté sobre lo que te dedicas, y dicen que chance necesitan algunos de tus servicios.

—Pues vas, diles que para lo que gusten...

—Déjame ponerme en contacto y yo te digo donde.

En el mismo Centro, unas cuadras más arriba, una cantina sería su punto de reunión. Cantina histórica. Fue a uno de los gabinetes de hasta atrás. No tomaba, a diferencia de quien lo recibía, cuyo aliento ya apestaba a alcoholitos baratos.

—Bueno, según lo que nos dijo tu amigo eres bueno para esto. —Dijo Roberto, un gordo, de piel blanca, barba tardíamente incipiente, unos treinta años encima y lentes de miope.

—Sí, así es.

—Entonces nos serás de ayuda.

—¿Tú eres el mero jefe?

—No... Ahorita viene, está en la barra.

Al voltear vio venir a un viejo, uno que de algún lado le sonaba, uno que al verlo sin saber quien era podía pasar por hombre inocente y de bien, chaparrito, de cabello cano, cuerpo delgado, arrugas en todo el rostro, traje finito, como del Palacio de Hierro y un par de lentes oscuros al estilo de un actor italiano de los cincuenta, coronando una sonrisa bonachona y amplia.

—¿Tú eres Demian? —Preguntó el viejo, mientras se sentaba tembloroso sosteniendo un caballito de tequila en la mano.

—Damián... A sus órdenes.

—Disculpe, se confunde luego uno con los nombres. Por lo que me han contado haces trabajos múltiples.

—Sí, por el precio correcto hago lo que sea. —Qué manerita de parafrasear ese pensamiento tan recurrente en los últimos días.

—Espero que te podamos llegar al costo.

—Eso no es tan complicado... Con lo dura que anda la cosa.

El viejo pegó una risotada y se acabó el caballito de un sorbo.

—¿Hace cuanto que llevas en el mundo del crimen?

—Depende... Con placa, ya ni recuerdo... Sin placa, apenas poquitito.

—Con que placa... ¿Recuerdas aquella época donde los asaltos eran más comunes que las marchas?

—Difícil de olvidar.

—Pues bueno, yo fui, yo fui responsable de eso... Y yo también tenía placa, mano... Fueron tiempos mejores, claro que sí... A todos nos cayó una buena parte de pastel.

—Muy bonito y todo, pero si quería oír una historia interesante hubiera ido al cine, no aquí.

—Bueno, tal vez no eres fanático de los preámbulos.

—Para nada.

—Entonces te seré directo. Estamos planeando volver a las andadas con un asalto común, y luego haremos algo muy grande... Nadie se lo espera, ahorita el gobierno tiene problemas mayores.

Damián asintió.

—El caso es uno, patrón, yo no le sé a eso...

—Pero te necesito para otra cosa, para que me quites a un par de tipos de en medio.

—No suena difícil.

—Tu teléfono —Terció Roberto.

Damián ya iba preparado. Lo sacó de una de las bolsas del saco y lo puso sobre la mesa.

—¿Con quiénes tengo el gusto?

—Luis Del Valle —El viejo extendió la mano. Damián la estrechó.

—Roberto Sandoval. —El gordo también estrechó manos.

—¿Cuál de los dos ocupa que saque primero?

El viejo Del Valle le indicó a su joven compañero que sacara una foto de la bolsa de su camisa floreada. La depositó sobre la mesa del gabinete. La lámina contenía el retrato de un hombre algo viejo, quizás un par de años menor que Del Valle. Moreno, robusto, con corte militar, y lo que parecía ser un uniforme de gala de la policía en alguna administración anterior, por mucho, a la que corría.

—¿Qué con este?

—Quédate con que anda estorbando, con que pone en peligro la operación que tenemos planeada.

—¿Cuánto?

—Cien mil. —Sacó de la bolsa del saco un fajo de varios billetes de veinte mil y los extendió.

Damián los tomó.

—¿A qué hora?

—En cuanto puedas. Si puedes hoy a las diez y media de la noche está bien. Dale la vuelta a la foto.

En el reverso, escrito con una muy deplorable caligrafía venía membretada una dirección que quedaba hacia el Poniente de la Ciudad, en una de esas colonias donde las oficinas gubernamentales convivían con los edificios de departamentos y los primeros restaurantes de franquicia empezaban a aparecer. Abajo un número de teléfono.

—Tienes tiempo. —Dijo Roberto mientras encendía un cigarrillo Philip Morris.

Damián se levantó.

—Nomás no la vayas a cagar... No uses la .45, no quiero ni ruido ni mucho menos un chiquero —Finalizó Del Valle.

Esa noche hacía frío. Estaba dentro del coche, moderno hasta eso, con la calefacción encendida y fumando por montones. Las colillas las metía en otra cajetilla, arrugada y vieja que desde hace un par de meses había adoptado el fin de ser cenicero. Tenía el radio encendido, del que emanaban noticias maquilladas e informes incompletos, lo que mañana estarían discutiendo las secretarias del despacho de al lado al llegar a la oficina, lo que estarían comentando todos, la manera de decir que "nada estaba grave". Prefería mil veces eso que sus pensamientos, que ese revoloteo de cuestionamientos que sin previo aviso había llegado a su vida y no se iría en un buen rato.

Tal parecía que a medida que pasaban más las cosas, más turbio se ponía todo, como navegar en los antiguos canales al sur, de aguas actualmente negras por desgracia de la porquería que la Ciudad tira en sus alrededores. Primero era nomás cobrar, luego ya

golpear, hacía dos días se convirtió en matar con una .45, rápido, sin tanto rollo, y ahora, matar a saber con qué macabro método que no generase *un chiquero*.

«El del Valle ese es macabro, se dijo. «¿Y luego quién aguantará esa mierda..? Qué jodidamente blandengue me estoy poniendo y ni siquiera por alguien... ¿O sí? Pero pues si ahí no hay ni ocho cuartos, apenas una cara conocida, como tantas otras... y además, ¿De cuándo a acá una muchacha lo cambia a uno?...» Sin haberse dado cuenta ya estaba pensado de más. Tenía la mirada fija en una puerta, la puerta de un Hotel. Afuera estaba estacionado un Ford de color naranja. La calle era poco concurrida, parte de una apacible colonia de clase media. Un escenario tan similar al de unas noches atrás, y al de muchas otras hacía muchos años.

Pero a diferencia de hacía muchos años, ahora había que ser limpios y silenciosos. Como vil estrangulador de novela, de película. Como vil sádico. Pero, *una persona es capaz...*

Al verlo salir por la puerta lo reconoció. Estaba casi igualito, el mismo tipo de la fotografía. Damián tomó una bolsa de plástico. Era la única forma de no hacer *chiquero*. Bajó del coche haciendo el menor ruido posible. Pese al sonoro cerrar de la puerta, el tipo que estaba a unos pasos no volteó. Se dirigía hacia el coche naranja.

Damián se abalanzó contra él envolviéndole la cara con el plástico de la bolsa. El tipo viejo comenzó a moverse bruscamente, gritos ahogados se escuchaban tras el plástico que el tipo intentaba desgarrar con las manos.

Cuando el tipo dejó de esforzarse y su peso se sintió caer con todo sobre Damián, éste lo aventó hacia el coche. El cuello dio contra el una de las laterales y cayó en la banqueta tras un *crack* que se escuchó sonoramente.

—Cómo vil estrangulador... —Dijo entredientes, para sí mismo, ya sin público.

Las ventanas del hotel estaban todas cerradas, con las cortinas corridas, y el resto de edificios mantenían sus luces apagadas. Se dirigió con cierta prisa al coche.

Bajó en un teléfono público y discó el teléfono de Luis Del Valle.

—Ya quedó.

—¿Sin ruido ni cochinero, verdad?

—Sí. Mañana sale en la nota roja.

—Bueno, en cuanto necesite otra cosa te llamo. —Colgó.

Al llegar al departamento tomó dos pastillas de Diazepam ahora con un vaso de agua de la llave. Tras eso, fue a acostarse y quedó dormido. Era como aquella otra noche, solamente que ahora le disgustaba algo.

El teléfono sonó temprano por la mañana y lo despertó. Se levantó a contestar.

—Bueno.

—Soy Rosalba, era para hablarte de lo de la cita.

—Ah si, ¿qué sucede?

—Puede ser hoy en la noche, ya es viernes.

—Ah, claro, claro, paso por ti.

—¡Vale! —Sonaba con entusiasmo.

Colgó.

¿Y quién me va a aguantar esto?, pensó al verse desparramado, medio drogado aun, todavía con los pantalones y hasta los zapatos puestos, y con la desagradable sensación de haber estrangulado a alguien. Cómo siempre lo amortiguó repitiendo las palabras que para él eran ley.

Ya la noche comenzaba a dibujarse en el cielo. Rosalba salía por la puerta de cristal con sus mejores galas. Damián se había puesto corbata, y eso para él era cambiar de aspecto.

—Hola —Llegó sonriendo.

—Hola Rosalba, ¿cómo te ha ido?

Sin saber cómo ni cuándo, dejó de hablarle de usted.

—Bastante bien y a ti.

—Extraordinariamente.

—Me alegro por ti —Rió.

—Te voy a llevar a un lugar donde preparan comida exquisita.

Ambos subieron al coche. Carajo, pensó Damián.

Llegaron al edificio. Al cafetín. Johnny empezaba su turno y vio entrar a la parejita bien contenta.

—Johnny, mesa para dos por favor.

—Vaya, creía que no podías sorprenderme... Ahora eres un ligón.

Todos echaron una risotada. Una escena tan telenovelesca, tan extraña en una vida como la de Damián, de Johnny... Y quién sabe si igual para Rosalba.

Ambos se fueron a una mesa al lado de la ventana.

—Y cuéntame más, ¿qué has redactado recientemente?

—Nota roja más que cualquier otra cosa, por eso te dije lo de los suicidios en el metro.

Damián se quedó callado unos instantes. Mierda, se dijo mil veces en la mente, le costó tragarse el bocado.

—¿Y no te abruma todo eso? —Preguntó, por preguntar algo.

—Un poco, me voy acostumbrando.

—Te entiendo, así suele suceder... Así se acostumbra... Pues uno, a las cosas vaya,

—¿A qué te refieres con eso?

Damián hizo silencio y casi se atraganta con el bísquet, parte de esa extrañamente romántica cena. La andaba cagando.

—Bueno, yo fui policía... —Dijo intentando convencerse de ello.

—¿En serio? Mi padre fue policía... Fue comandante.

—¿En esta Ciudad o alguna otra?

—Aquí, en los años cincuenta.

—Vaya.

—¿Y qué tal fue la vida de policía?

—Preferiría no hablar de eso.

—Entiendo, a mi padre tampoco le gusta hablar del tema.

—Normal.

—¿Dónde vives?

—Aquí, en este mismo edificio.

—Yo también vivo por aquí.

—¿En dónde?

—A dos cuadras hacia el norte. —Sonrió— Se me hace curioso, nunca te había visto. ¿desde cuando vives aquí?

—Desde hace un tiempo.

Siguieron comiendo y terminándose los vasos de leche fría, que también eran del agrado de Rosalba.

—Oye. ¿Te gustaría ir al cine?

—¿Ahora?

—Si, claro.

—Es algo tarde.

—De menos vayamos a ver la última función.

Ella sonrió.

Ambos entraron a la última función en un cine del Eje Central, el Cine Mariscala. Ni siquiera se habían fijado en que película irían a proyectar. Al final fue una gringa, una *western* de los años cincuenta, de aquellos enigmáticos años de los que Rosalba parecía haber salido. De cuando en cuando se miraban el uno al otro. Se echaban miraditas, acompañadas de sonrisas que involuntariamente se iban dibujando.

La función acabó a las doce de la noche. Ambos estaban afuera ya, sintiendo algo tan extraño en el ambiente que solo era comparable a una escena de película, película francesa, italiana, de aquellas tan novedosas hacía veinte años. Se escucharon los relámpagos atronar los cielos nocturnos, extrañamente claros por las nubes.

—Parece que va a llover. —Dijo ella.

—Te llevo.

Ambos subieron al coche.

Al ir manejando, la lluvia volvió a dejarse caer con toda la fuerza, era hasta complicado ver por dónde iban conduciendo, daba la impresión de ser neblina.

—Ya nos tomó la lluvia.

—¿Puedo quedarme en tu casa en lo que la lluvia baja?

—¿En mi casa?

—Está más cerca... Además en la mía hay goteras.

Damián asintió y condujo un rato más con máximo cuidado. Llegó al edificio y ambos bajaron corriendo. ¡Ya la hice! —Dijo para sus adentros.

Ambos entraron al departamento, al desastre de sacos y camisas colgados en las sillas del comedor, la alfombra gris que ahora lucía de un marrón oscurísimo, las cortinas floreadas y cerradas. No pareció molestarle y fue a sentarse en la sala. Damián fue a la cocina.

—¿Quieres algo de tomar?

—No gracias, no tomo.

—Yo tampoco, no digo de alcoholitos, ¿gustas un refresco? ¿Leche?

—Un refresco.

Damián volvió de la cocina con el refresco de ella y un vaso de leche.

—¿Tú qué tienes para contarme de ti, Rosalba?

—Igual que tú, no demasiado, pero algo tendré.

IV

La corta historia de Rosalba Heredia.

No recuerdo dónde nací... Sólo sé que crecí en el Estado de México... Llegamos a esta ciudad cuando yo tenía unos, por decirte, ¿doce años? Más o menos. A mi papá lo enviaron aquí, antes era de Policía Federal De Caminos... Antes los policías eran medio honestos, ¿Sabes? No eran ángeles guardianes, pero sí podían presumir de no ser la porquería que son hoy en día... Crecí bien, nunca me faltó nada, tampoco sobró, pero siempre faltaron personas. A mi, a mi me tocó convivir con la muerte desde que tengo uso de memoria. De entrada por que papá estaba en la policía. Era normal escuchar sobre atropellados, asaltados, balaceras... Y por eso nunca hubo nadie a mi lado, porque para mi siempre fue más fácil convivir con la muerte que con la vida. Suena estúpido, ¿No? demasiado pesimista, fatalista, salido de los peores relatos o de las palabras más nefastas de algún asesino en la portada del "Alarma!", pero es la verdad. ¿Qué mejor que hacerle al periodismo? En esta Ciudad eso es lo que vemos a diario. A diario se reportan más muertos que vivos. A mi papá lo mataron, cuando todo en la policía de aquí se empezó a ir al garete, hace como seis años... Y nunca he sabido absolutamente nada de quién fue, ni de cómo fue... No me interesa mucho ya, y no porque no lo quisiera, sino porque son palabras mayores... ¿Pa qué se mete una en esas cosas? Una solo las reporta, las redacta...

Pero volviendo a cómo crecí... Nunca tuve más familia... Estudié mucho, siempre quise ser algo mucho mejor, y acabé aquí, redactando la Nota Roja. Uno ahí luego ve cada cosa... A veces solo quiero vivir diferente... Quiero escribir, y no sobre muertos... Escribir es una manera de escapar a lo que vives, y si lo que vives es pura muerte, pues escribes de otra cosa... ¿Maridos? No, aun no... ¿Novio? Desde la secundaria que no... A veces digo *Dios-me-libre*, porque nomás veo a las parejas peleándose por tonterías... No te miento, a veces me gustaría, pero a la vez valoro mi libertad... ¿Quién carajos querría estar con alguien qué tiene la muerte tan presente?

Algún día la vida será diferente, eso es lo que yo espero. Fuera de eso, no tengo mucho más que contarte. Las cosas las he olvidado, y pensándolo bien no sé siquiera si es por mi bien... Por algo debe de ser. Así como tú, que omites lo que nadie quieres que sepa... Pero no es que yo lo omita, sino que más bien lo he olvidado... O creo que lo he olvidado... Igual no te pierdes de mucho, quizá algún caso particularmente feo... ¿Qué cuanto llevo en esto del periodismo? Caray, ya unos diez años... Papá llegó a ver notas mías...

V

La lluvia seguía cayendo con furia, con aires de diluvio sobre la Ciudad, probablemente a una cuadra del departamento los coches estuviesen flotando en mierda, pues las tuberías ya no aguantaban lluvias así de fuertes desde hacía un par de años.

Rosalba había estado explorando el departamento junto a Damián. Encendieron la radio, la sintonizaron en XEW, estuvieron escuchando la melcocha musical muy a la moda. Melcocha que otros días era soporífera, pero que esa noche sonaba diferente.

Damián volteó a ver la ventana que había abierto para tener calado que tanto caía la lluvia sobre la Ciudad. Rosalba aprovechó el que las bocas de ambos estuviesen frente a frente y se animó a restregarle un beso.

—Lo... lo siento. —Musitó apenada.

—Descuida... Ya traía ganas.

Damián le pegó un beso mucho más fuerte. Se recostaron en el sillón al unísono los dos, de fondo la melosa *Mientras Llueve* amenizaba la escena. *Dame, dame de ti / Toma, toma de mi*. Ella comenzó a desabrochar la camisa celeste. Él la ayudó. A la alfombra cayeron después de la camisa, un saco de piel y un vestido negro floreado. El reloj fue testigo por varias muchas horas de algo que había pasado ya varias veces en ese sillón, pero que por primera vez se hacía de forma apasionada, se hacía con sentimiento.

A la mañana siguiente Damián estaba sentado viendo la televisión, o mejor dicho, viendo a la nada en dirección a donde se encontraba la Televisión. Carajo, repitió en su mente, entre que orgulloso, entre que preocupado. Rosalba se hallaba tras el sillón, vistiéndose nuevamente y acomodándose el cabello.

—¿Te sucede algo? —Preguntó ella acercándose por detrás.

—No, nada... Todo bien.

—¿Trabajas hoy?

—Lamentablemente si, será mejor que me apresure para no llegar tarde.

—Claro. Yo también me tengo que ir.

—Si quieres paso a dejarte a tu trabajo.

—Claro, vamos.

De nuevo la noche. Y ahora no llovía. Maldito clima extraño y bipolar. Estaba sobre la barra contemplando la mesa que ayer ocupaban él y su... Ni él sabía cómo referírsele. Estaba taciturno y perdido en el revoloteo de pensamientos. "¿Qué traigo? ¿Ella me va a aguantar todo esto? Yo me hago la misma pregunta que ella. ¿Alguien va a aguantar todo este cagadero?", se preguntaba, para luego preguntarse por qué le llegaban pensamientos

tan estúpidos a su forma de ver las cosas, y recordaba al Damián de años atrás, el que usaba su placa, no de policía, pero placa al fin y al cabo, licencia para hacer de todo amparado por leyes laxas.

—¿Te pasa algo Damiancito?

—No, nada, ¿Parece que me pasa algo?

—No lo sé, solo me has hablado para pedirme un café y has estado callado el resto del tiempo. Eso es raro en ti cuando vienes aquí, me estás cuente y cuente... Y ahora que tienes nueva novia, pues más raro aún... Ya me estarías hasta dando detalles de lo que hicieron.

—Bueno, lo que pasa es que, creo que no estoy haciendo las cosas bien... Puta madre, así que eso es lo que he estado queriendo decir.

—¿A que te refieres?

—Llevo días teniendo pensamientos... Pensamientos estúpidos, y nunca había podido sintetizarlos bien... No sé si me explico. Tuve otra oportunidad para vivir luego de lo que me pasó y la estoy desperdiciando... ¿Tú qué pondrías primero, una vida tan rara como la que llevo o el amor de alguien?

—No sé, ¿por qué lo dices en primer lugar?

—Mira, la chica que traje ayer, se ha enamorado de mi.

—Ya sabía... ¿Y cuál es el problema?

—Pues lo que te estoy diciendo... Cáchalo... Me ando metiendo en puras cosas que quién sabe por qué... pero me huelen mal. Hace poco hice trato con Luis Del Valle.

—¿El asaltabancos?

—Ese mismo, ahora no sé qué hacer, siento que pongo en peligro a Rosalba, y si ella se llegase a enterar estaré jodido.

—No sé cómo aconsejarte con lo de tu muchacha, solo te diría que lleves las cosas con calma, pero con Del Valle, escucha... Ese tipo es un peligro.

—Ya me parece... ¿Y tú como lo sabes?

—Porque lo viví... Porque él fue como tú y como yo, Damiancito, pero ése era más listo... Aprovechaba la placa para organizar sus cochineros.

Había ya pasado el fin de semana. Se habían reunido ahora en un restaurante de cadena sobre la avenida de los Insurgentes, en una tarde gris de lunes. La comida estaba insulsa y los precios elevados, por eso Damián se pidió solamente su típico café y su bísquet. Ambos le supieron igualmente mal. Ahora no solamente estaban Luis Del Valle y Roberto Sandoval, los acompañaban Gilberto Támez y Diego Soto. Uno era mulato, silencioso, callado, vistiendo a la moda con su trajecito de colores pastel y su camisa con el cuello puesto por encima de las solapas del saco; el segundo era sencillamente gris, podía parecer cualquier oficinista.

—Me alegra que estés aquí Damián. —Empezó Del Valle— Quiero hablar de algo con ustedes. Primero, necesito que se roben una radiopatrulla... Hay una afuera del banco del que vamos a sacar los recursos para el plan grande, ya saben... En segunda, necesito alguien que mate al oficial que maneja *esa* radiopatrulla. —Señaló a Damián.

—¿Yo? ¿Me está pidiendo que mate a un oficial de policía?

—De la bancaria e industrial, no debe de ser tanto problema. Si lo haces te quedarás con más parte del dinero.

Se hizo el silencio.

—Te explico cómo está esto... Ya tenía a alguien para este trabajo, pero, hace unos días lo mataron junto a un mono del Sindicato de Taxistas.

Carajo, repitió Damián dándose cuenta de lo frecuente que se había vuelto esa palabra en su mente, y de cómo podía significar demasiadas cosas. Ahora significaba preocupación.

—Pues me aviento a hacerlo yo. —Dijo Damián resignado.

La tarde caía como tantos otros días sobre la Ciudad, con el gris de las nubes tiñendo de su color todo el panorama, volviéndolo en cierta medida monocromático. Efectivamente afuera del banco ubicado en la colonia Tránsito, había siempre una radiopatrulla, más compacta que las patrullas normales, una modelo Datsun. A la hora del cierre, el guardia de la Policía Industrial salió por las puertas y subió a la Radiopatrulla. Arrancó y Damián arrancó tras él. A su lado iba Roberto, vestido como oficial de la Bancaria e Industrial bajo una larga gabardina, y a quien se le notaba un rampante alcoholismo, percibido en cuanto abría la boca, o en cuanto dejaba asomar la cantimplora por una de las bolsas.

La Radiopatrulla se había estacionado frente a una vecindad y el oficial permaneció allí.

—Lo que tienes que hacer llamar su atención. —Dijo Roberto con la voz pegajosa.

Se acercaron y emparejaron a la radiopatrulla e hicieron sonar el claxon un par de veces.

—¿Puedo ayudarlos en algo, caballeros? —Preguntó el policía tras bajar la ventanilla.

—Sí, mire, hemos estado teniendo problemas con el auto...

—¿Cuáles problemas?

—Ha estado haciendo ruidos raros, el motor, no sé. ¿Cree que pueda ayudarnos?

—Déjenme ver. Primero oríllense.

Se orillaron y bajaron del coche. El policía comenzó a hacer revisiones luego de subir el toldo.

—Pues yo no le veo nada raro, caballeros...

Roberto hizo señas a Damián. Se mostró, por primera vez en años, reticente a actuar, porque eso ya era hablar en palabras mayores. Roberto metió la mano.

—Lo haces tú, o lo hago yo... Y si lo hago yo, a ti también te jodo. —Susurró.

Damián entonces sacó la .45 y apuntó.

—¿Algo dijeron?

Y antes de que el oficial pudiera acabar de darse cuenta del cañón que le apuntaba de frente, el disparo le dio en el pecho. Erróneamente había dejado de portar el chaleco antibalas cuando terminó su turno. Se desplomó de espaldas sobre un charco. El plomazo quizás despertó a media vecindad, pero las cosas, por como podían verse desde la puerta, o más lejos, daban a entender otra cosa.

—Buen trabajo. —Roberto se quitaba la gabardina.

—¿Y qué haremos con este? —Señaló al cadáver.

—De eso me encargo yo.

Comenzó a arrastrarlo tomándolo por las piernas. El cuerpo inerte.

—Vete, esto ya déjamelo.

Damián subió al coche. Al alejarse vio a Roberto subir el cadáver a la parte trasera de la radiopatrulla y arrancar con las luces de la torreta encendidas.

VI

Estaba en casa de Rosalba. Ella lo había invitado ahora a pasar. Un departamento ciertamente parecido pero más cuidado, más recogido. El retrato enorme de su padre, junto a una flamante patrulla Ford LTD de los setenta colgaba de una pared, con varias veladoras abajo. Las paredes estaban tapizadas. En la mesa del comedor, a un lado, estaba una maquina de escribir Olvetti.

—Oye, Damiancito. Últimamente te noto algo diferente.

—¿Diferente en que sentido?

—Más callado, como si estuvieses triste.

—Caray, pero si siempre he sido callado.

—Pero ahora estás raro, traes algo, se te nota, como conmigo...

—Para nada, solo, no ando bien de dinero.

—Ah, así que es algo de dinero.

—Así es...

—No te preocupes, yo te puedo ayudar con algo de dinero.

—No es necesario, pero aun así gracias.

—Bueno, pero prométeme que vas a estar bien.

—Te lo prometo.

Siguieron recorriendo el departamento hasta llegar a la recámara.

Había ido a comer a un restaurante Sanborns. Encendió un cigarro en lo que esperaba su órden de milanesas, tomaba un café. Dos tipos entraron por la puerta trasera, uno con la arquetípica gabardina beige y otro uniformado. Ambos se invitaron a la mesa.

—¿Ha estado pesada la semana verdad? —Dijo Juan Carlos Reyes.

—Sí lo creo.

—Sí, yo también lo creo, mi semana también estaría pesada si yo ya hubiese matado a un periodista, a un contador sindical y ahora a un oficial de policía.

—¿De que está hablando?

Damián sabía quienes eran, pero se hacía el que no.

—Hablo de una serie de crímenes que han estado ocurriendo.

—¿Los viste en la nota roja?

—No, yo y mi compañero los hemos visto de cerca... Si quieres pregúntale.

—¿Por qué me vienen a decir esta sarta de cosas, a mi?

—Escucha, —terció el uniformado Rosendo Cobián— Ayer mataron a un oficial de la Bancaria e Industrial en la Balbuena, frente a una vecindad. La forma en que murió es coincidente con la forma en que murieron varias otras personas en los últimos días.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Tienes un historial curioso. Fuiste de la Federal de Seguridad, detenido dos veces por temitas con tu arma, y por manejar como pendejo.

—Querido detective, y usted, lacayo. Matan a tanta gente que no entiendo por qué me vienen a fastidiar solo a mi.

—No te preocupes, Damián, es cuestión general, estamos investigando a mucha gente, pero cumples con el perfil que nos interesa... Sea como sea. Te tenemos medido, amiguito. Más te vale voltear de vez en cuando. Nunca se sabe cuando te están siguiendo. Te veo convencido de que no sabes nada, pero como policía uno no es pendejo hijo, hay que prevenir, que si no...

—Al carajo con esto. Paguen la cuenta por mi —Extendió unos billetes.

—¿Y ese dinero? —Preguntó Cobián.

—Por que yo si trabajo, pendejo...

Salió hacia la calle una vez más.

Luis del Valle tenía una oficina en el Centro. Ese lugar, en otrora tiempo había pertenecido a la oficina de afiliación de un vulgar partido político. Ahora era refugio de varios rateros planeando su próximo golpe, oliendo sus próximos billetes falsos. No mucho había cambiado.

—¿Cuándo será el golpe?

—Mañana. Te quiero listo aquí a eso de las 12 del mediodía.

—Bueno.

—¿Sucede algo?

—No sé, es solo que, no tengo un buen presentimiento.

—¿Lo dices por los tiras? Esos no hacen nada, tienen cosas más importantes que hacer.

—No, no es eso. Es solo que, mira, ya no me quiero meter en problemas, quisiera dejar de hacer estas cosas.

—Puedes retirarte de esto. Con ese dinero puedes iniciar una nueva vida.

—Bueno, si tú lo dices.

Regresaba en el coche. Había tráfico por Insurgentes. Encendió la radio.

—La noche de ayer fue asesinado un oficial de la Bancaria e Industrial en la colonia Balbuena. La policía afirmó que este homicidio se relaciona con otros cuatro casos, pero que aun así no se trata de un asesino serial. —La presentadora de noticias afirmó.

—Tenemos una lista de sospechosos de quienes puedan ser este asesino, —Empezó a sonar la voz de Reyes en el radio— evidentemente están relacionados a Jeremías Cardoso, jefe del Sindicato de Taxistas de la Ciudad, y cuyo primo trabaja en la Regencia; la persona que estamos buscando tiene entrenamiento militar, paramilitar o policial cuanto menos, se presume que estuvo en la *DFS*, por eso, mis sospechas recaen en varias personas dadas de baja de esta agencia, nombres puedo darles varios: Arturo Lemus Barrios, de 66 años, Tomás Montero Gálvez, de 56, Francisco Lorenzo Cortines, de 78, y Damián Córcega Galván, de unos 31.

—Habló Juan Carlos Reyes, detective de la policía de la Ciudad comisionado a este caso.

—Puta madre —Dijo Damián en voz alta mientras cambiaba bruscamente la estación.—¿Qué mierda?

Detuvo el coche.

Subió las escaleras al primer piso, y desde la entrada hacia el pasillo, vio a Rosalba en la entrada de su departamento, con una expresión seria y con los brazos cruzados. Los ojos vidriosos.

—¿Qué te trae por acá Rosalba? ¿Sucede algo?

—Saliste en el radio... Con que la Federal de Seguridad, ¿eh?

—Pasemos al departamento, ya sabes que aquí las paredes tienen oídos.

Ella se dejó caer sobre el sillón. Se le quedó viendo fijamente. Damián permaneció parado a un lado del televisor.

—¿Qué sucede?

—No voy a mentirte. Tal vez esto no te guste, pero...

—¿Matas gente?

—No lo hago porque me guste.

—No conocía ese lado tuyo.

—Porque...

—Mira, no sé que decir. Ya veo por qué no querías contarme nada de ti... A ver, cuéntame, ¿Qué es eso de la Dirección Federal de Seguridad?

—Deja voy por un vaso de leche.

VII

La aun más corta historia de Damián Córcega Galván.

"Una persona es capaz de hacer lo impensable por el precio correcto." ¡Pinche frase! ¿Y de dónde salió? De un monólogo todo tonto, concebido por la pinche borrachera del general Serrano cuando me mandaron a un trabajito en Guerrero. Fue lo único bueno que he hecho en mi vida, darle cran a un cacique agrario que andaba de embarrado con el partido, pero luego les quedó mal por ponerse con la insurgencia guerrillera y sácate, que me mandaron a madrugármelo. Fue lo primero que hice en la condenada Dirección Federal, en 1965. ¿Qué es? La policía política del país. Dizque para las amenazas internas. Pura madre, era matar al que le cayera mal al priista de turno. Qué formitas de contar nuestras historias... Pues el caso, yo también tengo bien presente a la muerte así como tú dices... Pero pues ya tú ves, la tengo presente de otra forma... Y luego trataron de convencerme de que "si ya mataste para el Gobierno, ¿Qué diferencia hay con que mates para alguien que te paga?". El caso, volviendo a la pinche frase, es que toda mi vida se resume a esa máxima... Ya ni en el catecismo te enseñan a respetar frases así de cabrón... ¿Qué que tanto he hecho? Ni nombrarlo. No vale la pena. ¿Y qué hago ahorita? Pues estoy metido en el cochinero, y para salirme va a estar complicado. Cuando yo me largué de la DFS, yo igual quería que la vida fuera diferente, ¿Sabes? Pero cuando toda la vida has hecho esto, no te queda de otra. ¿Ves? Por eso no me gusta darle tanta vuelta a la cosa, acabo diciendo puras incoherencias, puras estupideces. Obviamente a Rosalbita se lo dije más suavecito.

VIII

—¿Por qué nunca me lo confesaste?

—No quería echar a perder las cosas, tampoco quería involucrarte con esto.

—Era inevitable que lo supiera... ¿No se te hace tantito lógico? Trabajo en la Nota Roja.

—Escucha, desde que te conocí yo ya no quiero hacer este tipo de cosas.

—¿Eso cómo por qué?

—Porque antes no tenía nada que perder.

—¿Y ahora sí?

Damián volteó la mirada hacia ella. Asintió.

—He estado queriendo salirme de esto.

—¿Y por qué no lo haces?

—Querer no es poder, Rosalba... Querer no es poder... Pero pronto podré. Solamente hace falta cerrar unas cosas. Espérame y mantente a salvo.

—¿A salvo de qué?

—De todo este cochinero... —Abrió la puerta.

—Esto no es un adiós, ¿Verdad? —Preguntó ella.

—No lo creo. Repito, espérame y mantente a salvo.

Antes de irse miró a Damián. Los ojos los tenía vidriosos. Él también. La puerta se cerró.

—Ya estoy aquí. —Dijo Damián desde un teléfono público frente al edificio de despachos. Estaba abandonado o algo, parecería caerse con un terremoto.

—Perfecto, ahorita te vemos abajo. Te explicamos como estará la cosa.

—Bueno, pues vamos al ruedo.

—Al ruedo.

Iban cuatro tipos a bordo del auto. Roberto iría en la radiopatrulla. Al único al que reconocía era a Gilberto Támez, como copiloto. De chófer iba uno nuevo, Servando Suárez, tenía pinta de buen conductor, y en el asiento trasero, al lado de Damián, Marco Leiva, con toda la pinta de pistolero de pueblo tan dicotómica con el resto del panorama de la avenida Insurgentes por la que circulaba. Los cuatro iban en riguroso silencio.

Gilberto lo rompió:

—¿Por qué no vino Diego Soto?

—Ni idea —Respondió Leiva.

El coche en el que iban era un Datsun 160J de color blanco. La radio venía sintonizada en la frecuencia que utilizaba la policía para comunicarse. Códigos y órdenes imprecisas pero constantes, nada fuera de lo común.

—Les repito —Dijo Gilberto— A ustedes dos de atrás. Entramos, primero, Leiva y yo vamos a la caja fuerte, tú Damián tienes más chamba porque el pendejo de Soto se quedó jetón, tienes que vigilármelos, son pocos, es sucursal pequeña así que no hay tanto problema.

Damián asintió.

Se estacionaron frente al banco. Servando Suárez se quedaría allí esperándolos. La radiopatrulla estaba estacionada tras ellos. Bajaron del auto y entraron con valijas en las manos. Entraron al banco, Roberto hacía de guardia, con todo y uniforme, revólver en mano.

Gilberto apuntó con una escopeta larga, y comenzó a gritar lo típico en toda toma de una sucursal bancaria. Leiva le pegó un culatazo al gerente y Roberto al desenfundar apuntó igualmente. Damián solamente apuntaba con su .45, movía de un lado a otro la vista. Leiva llevaba del cuello de la camisa al Gerente para que lo llevase a donde estaba la caja fuerte.

Como en las pinches películas, pensó Damián.

Al voltear a ver por las puertas de cristal, se percató de la presencia de tres coches Chrysler de color negro. De cada uno bajaron cuatro agentes de la Policía Judicial y desde afuera apuntaron. A través de un altavoz, exigieron la liberación del lugar:

—¡Policía Judicial!

Roberto traía, como parte del armamento reglamentario de guardia bancario, una M-1. Se acercó a las puertas de cristal, desenfundó y rafagueó a la docena de oficiales que se hallaban afuera. Uno cayó muerto, los demás sacaron su propio armamento.

Se armaron los tiros.

Damián se puso a cubierto con un escritorio de madera y disparó un par de veces con la .45 sin lograr absolutamente nada mas que quebrar los cristales de las puertas. Las ráfagas de los otrora rifles M-1 de los agentes de la Judicial atronaban el aire y destruían los cristales. Roberto fue alcanzado por una y cayó al suelo. El uniforme comenzó a empaparse de sangre que salía a borbotones por los varios disparos que lo habían alcanzado. Leiva salió de la parte trasera armado igualmente con un rifle. Otra ráfaga desde dentro alcanzó a dos oficiales. Damián logró alcanzar la M-1 que había quedado tendida al lado de Roberto. Se levantó y rafagueó con lo último que quedaba en el cargador.

A Leiva lo alcanzó otra ráfaga y a Damián por poco también, una bala le rozó el brazo y destrozó la manga de su saco. Cayó al suelo. Gilberto salió, pero las escopetas no pueden alcanzar objetivos desde muy lejos. Se escondió tras un pilar. Un agente iba entrando, apuntando en todo momento con la M-1. Damián alcanzó a herirlo en la cara con la .45, y Gilberto lo remató. Al momento, otra ráfaga de balas se hizo presente. Gilberto cayó al suelo habiendo podido únicamente disparar hacia el techo, destrozando un ventilador con lámpara.

Damián vio que ahora todos en bolita estaban por entrar. Disparó dos veces, más para destantearlos que para alcanzarlos. Le dio en el hombro a uno, que soltó su arma. Se distrajeron y aprovechó para salir corriendo. La tarde ya se dejaba caer.

Salió por la puerta trasera, la que daba a un callejón. Escuchando más sirenas y las voces, vio como buena idea correr del lado opuesto. Al salir, encontró que tenía una estación del Metro cerca. Se apresuró a entrar junto a una bolita de gente.

Qué pinche blandengue me hice, pensó, al darse cuenta de que todos estaban muertos, menos él, porque algo le dio que no pudo accionar nada contra la bola de judiciales. El convoy llegó y él abordó en dirección a Toreo, para bajar en San Cosme. De ahí era más sencillo.

IX

—¿Qué fue lo que pasó?

—La policía, señor Del Valle.

—Carajo. Pero por lo menos sigues vivo.

—Sí.

—¿Qué hay de los demás?

—Muertos, ni idea. Me voy a la casa, a dormir, no me llame allí, ahorita deben de estar monitoreando todas las llamadas en la Ciudad.

—¿Te escapaste?

—Ya estaban muertos. Lo importante es que maté a uno de los judiciales —Carajo, le sentaba raro decir *Maté a uno.*

—¿Dónde vives?

—Luego le digo, señor del Valle.

Colgó. Prendió un cigarro y se fue caminando hasta su casa.

A la mañana siguiente llegó a la oficina, vistiendo ahora una chamarra de piel café. Ojeroso, pues ni el Diazepam pudo hacerlo conciliar el sueño. Estaba que quería que se lo llevara el carajo. Fumaba más de lo habitual, y ello era mucho decir.

Martín Linaza, el patrón, el pedante abogaducho, lo miraba extrañado. Más extrañado estaba Damián de que el tipo estuviese presente en la oficina.

—¿Sucede algo?

—Escuché la noticia, eres sospechoso de varios crímenes.

—¿De qué habla?

—Lo dijo un tira en la radio.

—No le creas a esos pendejos... No son de fiar nunca.

Miguel llegó más tarde. Cuando, como de costumbre, Martín se había ido.

—Que bueno que te veo.

—Hola *Micky,* ¿Qué pasa?.

—¿Supiste lo del robo de ayer?

—Si claro, algo terrible, una jodienda.

—No tuviste nada que ver en eso, ¿cierto?

—Depende, para qué quieres saber.

—Solo para saberlo, dicen que fueron... Ya sabes.

—No, realmente no tuve nada que ver.

—Eso espero. Oye, ¿y es cierto lo del radio?

—Puras pendejadas.

—Espero que así sea, no quiero que te metas en un problema por mi culpa.

—No, no pasa nada.

Más tarde en la noche se hallaba ya en el departamento. Solo. Malditamente solo. Amenazaba con llover, como era costumbre. Caminó hacia la ventana. Enfrente, un parque, y a dos cuadras, un edificio de departamentos que reconocía. Otra más a la lista de gente que viene y se va, pensó. Encendió otro cigarro. El teléfono timbró.

—Hola.

—Hola, Damián.

—Le dije que por quí nada, Del Valle ¿Necesita algo?

—Tenemos un problemita.

—¿Qué pasa?

—Ya entendí por que el pendejo de Soto no se presentó. Ya lo acaban de cachar como parte de la Policía.

—¿Cómo sabe eso?

—Yo lo sé, yo lo sé...

—¿Y que se supone que tengo que hacer?

—Ya sabes.

—Últimamente no estoy sabiendo nada, señor del Valle. No quiero...

—Tómate esto en serio, si este sigue vivo va a soltar toda la sopa y todos nos iremos al infierno.

—Mira, digamos que tengo ahorita un tema con esto, y digamos que ya se lo dije.

—Me importa un carajo. ¿Te quieres salir? Ya ayúdame con esto y vete si quieres... Pero que la libertad sea tu paga Damián.

—¿Dirección..?

Era una Vecindad en el Centro. Estuvo varios minutos esperando afuera desde el coche, hasta que vio a Soto llegar. Gris como siempre, desapercibido para todos, menos para él.

—¿Diego Soto?

—¿De parte de quién?

—Pasemos a tu departamento. —Dijo sacando la .45.

El cuarto más bien era lúgubre y oscuro. Se parecía al de Damián. Denso, lleno de humo de cigarro. Con cuatro botellas de alcoholitos en la mesa y una televisión de fayuca encendida.

—Ya me cacharon...

—Así es...

—No tienes por qué hacer esto.

—Nadie te manda a meterte donde no te llaman, ¿O sí?

—A ti tampoco... Deja te pongo las cosas claras yo a ti, Damián. —Se levantó— En primera, matar a un policía tiene penas hasta de cadena perpetua... Segunda, no tienes ni idea de qué es esto. A mi me mandó el comandante Solares a investigar todo este desmadre, sabía que lo iban a matar porque sabía que esto estaba orquestado desde otro lado.

—¿Quién es el comandante Solares?

—El tipo al que mataste por órdenes de Luis Del Valle... Era comandante de la Judicial. ¿Y sabes qué? Él quería exponer todo lo que está pasando, porque Luis Del Valle... Puta, ese tipo no es nada comparado con quienes de verdad andan tras todo esto.

—¿De qué hablas?

—En esto tienen que ver cabrones del gobierno, y dos tiras que van a hacer su agosto con esto, dos tiras a los que cacharon en movidas turbias con gente del norte, y les prometieron limpiarles ese pasado si cooperaban... Está todo planeado, agarraron a este tipo porque sabe lo que hace, pero en realidad a ese también se lo van a joder en su momento. Todos nos jodimos. Ratero.

—No soy un ratero, amiguito, al momento en el que me comencé a dedicar a esto, me impuse ciertas normativas. Eso marca la diferencia entre un profesional y un ratero.

—¿Y esas normativas hasta donde te han llevado?

—A lo que soy.

—¿Y eres feliz con lo que eres?

—Realmente no. Pero no hay de otra. Tú tampoco.

Damián sacó la .45 y le apuntó. Pero las palabras del encubierto habían calado dentro de él de cierta forma. Encendió un cigarro y caminó hacia el baño, hacia el espejo, dudando en hacer las cosas o no. Comenzó entonces a oír pasos en las escaleras de afuera, Salió corriendo a ver que pasaba. Vio al tipo subirse a un Ford Maverick amarillo y arrancar a toda velocidad.

Damián corrió a su auto y comenzó a conducir. Rápidamente siguiendo el coche llegó a la avenida Reforma. El Ford amarillo esquivó un par de vehículos y un autobús de la ruta cien. De dentro del coche emanaba un zumbido extraño al que Soto no prestaba atención. Estaba alcoholizado. Damián seguía el coche, que aceleraba más y más, esquivaba uno y otro automóvil, pitaba, estaba a nada de llamar la atención de alguna patrulla cercana. Un golpe fuerte, como estallido, atronó desde el automóvil de Soto. Damián pudo oírlo también. Comenzó a derrapar en el asfalto mojado, y tras un volantazo acabó por salirse

completamente de control, dio unas vueltas de campana y se estrelló contra una barra de contención. A Soto le había pasado lo que al contador, se estrelló contra el parabrisas.

Damián detuvo el auto y se bajó con la .45 en mano. Se acercó al auto. Soto yacía entre ambos asientos. La cantidad de sangre había teñido de rojo la camisa blanca. No había necesidad de disparar. Volvió entonces al coche.

—¿Ya está muerto?

—Ya.

—Bien, sabía que podía contar contigo.

—Lo oigo serio, Señor del Valle, ¿sucede algo?

—No... Mira, estoy algo ocupado, ve a Tepito, en Jesús Carranza hay una bodega, y adentro está un compañero que te va a pagar esto, lo que nos ayudaste del robo, aunque salió mal, ya para que te vayas.

—¿No que la paga sería mi libertad?

—Cambié de opinión.

—Bueno, entonces me apuro.

—Pues date prisa, no tiene toda la noche.

Detuvo el coche en la calle de Jesús Carranza. Uno particularmente llamativo ya que en su exterior estaba un tipo parado, esperando. En cuanto vio que era Damián le hizo señas para que pasara. Sonriendo. Pero nunca se habían visto antes. Igualmente decidió bajar y entrar.

—Hola, me envía Luis, es por lo de mi dinero.

—Pásale. —Le indicó que pasara con un gesto.

—Nunca lo había visto.

—No soy muy cercano al señor del Valle...

Si tienen que ver entonces, pensó.

—¿Dónde está el dinero? —Preguntó Damián.

—¿Recuerdas la noche en la que mataste a un contador del sindicato de taxistas y a un matón cerca del Ferrocarril?

—Sí, lo recuerdo, ¿pero eso a que vie... ¿Usted cómo sabe?

—Ambos trabajaban con nosotros. El contador financiaba las cosas para los robos y el matón hacía básicamente lo mismo que tú.

—¿Y ustedes como se enteraron?

—Luis tiene ojos en las partes más bajas de esta ciudad.

—¿No será que él es parte de los ojos que tienen otros más arriba? Sí, ya me enteré de todo, ¿Y ahora que harán?

—¿Qué crees tú que le hacemos a las personas que matan a los nuestros? ¿Y qué además fisgonean donde no deben? Les pagamos con la misma moneda.

El tipo se adelantó unos pasos hacia el frente, Damián había permanecido parado a unos pasos de la entrada. Cuando vio el revólver salir de debajo de la chamarra del otro tipo, se tiró hacia su lado izquierdo, tras un Chrysler negro. No pudo esquivar el primer tiro, que llegó al hombro. El segundo resonó en toda aquella bodega y se impactó con una pared. Damián se asomó por detrás del largo cofre del automóvil y disparó la .45 contra el tipo que venía acercándose, contra su pecho. Cayó al suelo. Damián le pegó otros tres tiros, más por impulso que por rabia. Uno en el brazo, otro abajo de donde cayó el primer tiro y otro en la pierna.

—Acaban de joder a quien no debían. —Una de tantas frases estúpidas salidas en esos momentos de adrenalina.

—No, tú acabas de joder con la gente equivocada... Estás pendejo, ya hasta sabes el pedo tras todo esto... Ya valiste, Damián Córcega Galván.

—A ver si es cierto.

Lo remató con un tiro en la frente.

—Hijos de su puta madre...

Vio un teléfono en uno de los escritorios. Caminó para discar un número de teléfono.

—¿Qué sucede contigo cabrón?

—Puta... sabía que no debía enviar a este pendejo para darte caza. —Dijo Luis, lacónico, tras el teléfono.

—Vete a la chingada.

—Oye, no seas irrespetuoso.

—Te voy a decir lo que le dije a tu vasallo, jodiste a quien no debías. —Colgó. Se dio cuenta de algo. ¿Cómo carajos alguien supo su nombre completo? Ni Luis ni algún otro oía la radio, quizá lo único que hacían bien. También llegó a otra conclusión al ver un papel con una serie de direcciones al lado del teléfono.

La Palma número 34. El despacho donde planeaban las operaciones.

República de Cuba 87.

Mesones 94.

Jesús Carranza 56. La dirección actual, un número de teléfono a un lado.

Doctor Liceaga 237. Al lado el número de teléfono de Luis del Valle.

No había que ser Bogart para deducirlo. Ya lo tenía.

—Ha sido una noche violenta: una persecución en la avenida Paseo de la Reforma deja a una persona herida de gravedad, minutos después se registra un tiroteo en un almacén cerca

de la colonia Morelos, que hasta el momento ha dejado un muerto. —Decía la sobria voz del reportero a través del aparato de radio en la cantina.

Damián había roto esa regla de no tomar, al estarse apurando dos caballitos de sotol encima. Luego pidió una cuba de ron Bacardí con cocacola. Le costaba sostener el vaso y el hombro le dolía como el carajo. Aun así, apuró la bebida.

X

Llegó al restaurante antes de a su casa. La camisa estaba sangrada y el rostro estaba desmejorado.

—Hola Johnny, ¿qué cuentas?

—Damiancito, un gusto verte. ¿Qué te pasó?

—Todo se fue al carajo.

—¿Por, por qué lo dices aparte de lo que traes en el hombro?

—La muchacha se enteró de todo y decidí alejarme de ella, por su bien, lo de Luis del Valle está muy cabrón y me tiene fichado la judicial por haber matado a su comandante.

—Oh. —Dijo por decir algo.

—Del Valle se enteró de lo que pasó cerca del Metro.

—¿Qué del Metro?

—De cuando maté a un pendejo... Te expliqué todo.

—Escucha. Luis vino aquí poco después de que tú iniciases a trabajar para él. Me preguntó cosas, sabe que te conozco.

—¿Acaso tu le dijiste algo?

—Sí.

—¿Qué?

—Que vives aquí arriba.

—No puede ser. —Damián golpeó la mesa— Eres un idiota Juan Roberto.

—De verdad lo siento.

—¿Sabes en el problema en el que me metiste? Ahora ese cabronazo va a venir a por mi. —Lo agarró de la camisa y lo jaló hacia enfrente. Hizo que tirara un vaso de vidrio al suelo.

—Era inevitable que se enterase, por favor cálmate. Yo no tenía ni idea de lo que iba a pasar, por favor.

—Escúchame bien, si Luis viene, no le digas nada, cualquier cosa tú no me has visto, tengo que irme de aquí, con un carajo.

—Así será, tranquilo.

—Lo bueno es que no tengo nada en el departamento.

Subió lo más rápido que pudo. Agarró solamente una muda de ropa, un traje gris, una camisa anaranjada/salmón y ropa interior, lo metió todo a una bolsa de plástico. Terminaría esto en menos de un día, no requería más que eso.

Había anochecido. Antes de irse a un hotel, pasó por última vez al edificio donde vivía Rosalba. Tocó la puerta un par de veces, y ella salió, aun en su vestido.

—¿Qué te pasó? —Preguntó ella.

—Nada grave, solo, tuve un percance.

—¿Qué haces aquí?

—Necesito alguien con quien hablar... Al rato me iré a un hotel, antes de irme quiero hablar contigo.

—Dime, ¿qué pasó? —Dijo ella, con una seriedad y lejanía demasiado rara para ella.

—Me tendieron una trampa, las cosas no funcionaron como pensé, ahora estoy siendo seguido por unos asaltabancos y la policía. Estoy chingado.

—¿Y qué puedo hacer yo? ¿Para qué me cuentas esto?

—Por nada... Ya no se ni que pensar... Quería que lo supieras.

Volvieron a tocar la puerta. Rosalba se levantó a abrir. Tras la puerta había dos tipos trajeados. Traje de dos piezas, camisa y corbata, corte a cepillo.

—Buenas. ¿Está aquí el señor Córcega?

—¿Quién lo busca?

—Somos unos amigos suyos, nos dijo lo grave de su situación, venimos a echarle la mano.

—Bueno, pásenle.

Los dos entraron a la sala y se sentaron en un sillón frente al de Damián. Rosalba fue a la parte trasera.

—Hola, Demi, hace tiempo que no nos vemos.

—Soy Damián, no Demian, ¿Acaso lo conozco a usted?

—Sí me has de ubicar, soy amigo de tu viejo trabajo, como el compañero.

—No recuerdo tener amigos culeros.

—¿Cómo? Pues hablamos de tu antiguo trabajo...

—No recuerdo que en la Federal de Seguridad hubiesen unos así de culeros.

—Pues cómo la ves que siempre hubo cabrón.

Rosalba salió de la recámara y caminó por el pasillo, silenciosa, en calma.

—Pero no tenían estas carotas de pendejos.

—Nos veremos en el infierno, Córcega. —Dirigió la mano a la parte interior del saco.

Un tiro le dio en el cuello al matón desde la parte trasera, cayó al suelo recargado en el sillón de piel, llevándose la mano al hoyo que le hizo la bala. El otro volteó e intentó sacar un revólver pero cinco tiros lo hicieron caer muerto sobre la alfombra. Del pasillo emergió Rosalba con el revólver en la mano, humeando, y la cara completamente desencajada. El primer matón seguía retorciéndose.

—¿Qué acaba de pasar?

—Algo le heredé a mi padre, cuando me encabrono me pasan estas cosas.

—Vaya, no conocía ese lado tuyo.

—Porque nunca me habías visto encabronada.

Se agachó y comenzó a husmear en los difuntos. Encontró las credenciales de ambos.

—Éstos son *madrinas*...

—¿Con madrina te refieres a informante?

—Así es... Madrinas de la policía. ¿Por qué tienen esta credencial? ¿Quién la emitió?

—Vámonos de aquí Damián... —Dijo Rosalba poniéndose los zapatos.

—Primero saquemos esta cochinada de aquí y luego nos vamos...

Habían llegado al Hotel Virreyes, en el cruce de San Juan de Letrán e Izazaga. Desde el piso más alto se veía toda la Ciudad. Ella estaba sentada en la cama, aun con el vestido puesto. Damián estaba a un lado de la ventana. Recién cambiado.

—¿Por qué viniste conmigo?

—No quiero estar en el departamento.

—¿Pero por qué conmigo aun con lo que supiste?

—Porque estoy acostumbrada a la muerte... Te lo dije... Pero yo sola no creo poder con eso, ni esquivarlo.

—¿Cómo te sientes?

—No es primera vez que pasa. Pasó cuando intenté defender a papá.

—¿Por qué no me habías contado eso?

—Por lo mismo por lo que tú no habías contado todo lo tuyo...

Permanecieron en silencio. La Ciudad no emitía ni un ruido, sobre Izazaga no había ni un alma, y sobre San Juan de Letrán tampoco.

—¿Qué tienes pensado hacer? —Preguntó Rosalba.

—Ni idea... Ni la más maldita idea.

Por lo menos ahora no estaba solo, pensó.

A la mañana siguiente bajó al puesto de periódicos. Un nombre que había olvidado aparecía frente a sus ojos: Jeremías Cardoso, líder del Sindicato de Taxistas de la Ciudad (STC) muere en la colonia Roma. Definitivamente se trataban de palabras mayores. Fue una muerte rara.

Murió por culpa de una bala perdida mientras se hallaba fumando en el balcón de su casa. Se descarta asesinato.

"¡A mi primo lo mataron! Y desde mi puesto como subsecretario de la Regencia, haremos justicia contra quien haya disparado al aire." —Gonzalo Cardoso.

—Hay gato encerrado. —Dijo Rosalba— De acuerdo a lo que me dijiste... Es muy raro que estas cosas se conecten así porque así... El STC, estos tipejos...

—Lo mismo creo... Pero no soy detective. Ni idea. Por algo me quise alejar.

—Tarde o temprano me hubieran fregado a mi también.

Más tarde ese día decidió llamar a Johnny. Rosalba había ido al trabajo.

—¿Y entonces que pasó Damiancito? ¿Necesitas algo? Un arma, lo que sea.

—Creo que sí.

—Tengo por acá en casa unas cuantas cosas, chance te son de ayuda.

—Oh, claro, en un rato voy para allá.

A las horas, Damián llegó. El portero lo dejó pasar, al llegar al piso encontró la puerta abierta. Cada piso tenía un solo departamento. Entró. Johnny yacía tirado en el piso. Al verlo de cerca, un charco de sangre lo rodeaba. Comenzó a sonar el teléfono del departamento. Damián responde.

—¿Quién es?

—Sorpresa.

—Veo que ahora te gusta ensuciarte las manos.

—No mucho, menos con ese idiota... Gustarme lo que se dice, no.

—¿Has hecho un testamento? Considérate muerto.

—Más muerto pareces estar tú.

—Estás solo. Únicamente tienes a algún matón de cuarta cuidándote las espaldas.

—Se supone que ya sabes la verdad ¿No?.

Carajo.

—No del todo, ¿Esas credenciales de qué eran y por qué tenían la insignia de una policía?

Luis había colgado.

Llegó a la calle de Allende, donde estaba el despacho. Llamó por teléfono público a Miguel y le dijo que bajara.

—Oye, *Micky*.

—Damián, ¿qué sucedió, porque no has venido?

—Es una larga historia, pero eso no importa, necesito tu ayuda.

—Martín está encabronadísimo.

—Me vale madre, necesito de tu ayuda.

—¿En qué?

—Acompáñame, en el camino te contaré.

Ambos subieron al coche.

Conducían por el Circuito Interior en lo que Damián terminaba de explicar las cosas. Había poco tráfico en el carril de alta velocidad.

—No lo puedo creer, lo siento. Te metí en esto... —Dijo Miguel.

—No te sientas así.

—Te ayudo con lo que sea, necesito redimir esto.

—Justo eso iba a proponerte.

Se detuvo al lado de un teléfono público y llamó a la redacción del *unomásuno*.

—¿Diga?

—Con Rosalba Heredia, por favor.

—¿Quién?

—Rosalba Heredia, de nota roja.

—Permítame.

Se hizo algo de silencio.

—La señorita Heredia está hospitalizada, caballero.

—¿De qué?

—No sé, la reportaron hospitalizada en la mañana, según.

Eran apenas las ocho. Había tiempo para terminar de explicar algunas cosas. Subió de vuelta a su auto,

—¿Qué haremos?

—Nos vamos a joder bien y bonito a ese desgraciado, y tú me vas a ayudar. Saca la pistola que hay en la guantera.

XI

La radio estaba encendida en una estación de música gringa. Y la música gringa pegaba diferente en momentos como ese. Encendió un cigarro.

—Ese puto me las va a pagar. —Dijo.

Arrancó el coche que había dejado estacionado en una gasolinera. A velocidad alta. Ahora no había demasiado tráfico y el reloj apenas marcaba las ocho cincuenta. Se sentía como en una escena de alguna película policiaca, o en una copia rarísima de The French Connection, con todo y música. Abrió la ventanilla y dejó que el viento le pegara. Iba esquivando varios autos, taxis y autobuses de la ruta cien.

—¿En qué puedo ayudar? —Preguntó Miguel.

—Nunca se sabe cuando se requiere un arma extra. Por eso te traje.

La ciudad venía pasando a velocidad vertiginosa tras los cristales. A Damián ya le valían las cosas a ese punto de la vida. Maniobraba peligrosamente una vez la avenida Cuauhtémoc quedó atrás y comenzó a adentrarse en calles intrincadas de nombres históricos. Los semáforos le hacían lo que el viento a Juárez, se sentía dueño de la calle, de las calles de la colonia de los Doctores.

—Oye bájale, podemos tener un accidente...

—No pasa nada carajo.

—Por favor bájale.

—N'hombre no.

—Que le ba...

Una combi de pasajeros, afortunadamente vacía, los impactó por el lado izquierdo y los hizo prácticamente volar hasta estamparse contra un poste.

Damián salió del auto, un hilo de sangre le recorría desde la frente hasta la comisura de los labios, el coche estaba casi destruido y echando humo, Miguel yacía del lado izquierdo, agonizando. Damián podía caminar con cierta dificultad, no se había lastimado nada pero estaba aturdido. Tomó la pistola de Miguel y se la guardó en la bolsa del saco.

Comenzó a correr como pudo, y de la misma forma, como pudo, recuperó el equilibrio, quizá con ayuda del viento fresco que soplaba a través de las calles.

El número 237 de la calle Doctor Liceaga era un edificio de dos pisos, departamentos, probablemente uno por piso. Entró por la puerta de cristal tras pegarle un tiro y abrirla desde fuera. Amenazó al portero y consiguió subir las escaleras. Dijo ser *de la judicial*.

Subió las escaleras y tocó la puerta del primer piso. Abrió un hombre que no era Luis.

—Equivocado, perdón. —Cerró.

Siguió subiendo. Tocó la puerta del segundo piso y se abrió. Se asomó Luis, que definitivamente no se esperaba la visita de Damián, quien llegaba regalando un fuerte golpe con el cañón de la .45.

Luis cayó de espaldas sobre el suelo. Su departamento era el típico que pudiese tener un hombre de bien, tal como su aspecto. En la sala tenía una suerte de despacho. Se arrastró, mientras la sangre le derramaba de la herida hecha por la mirilla de la pistola. Puso la mano sobre el escritorio, y al tanteo intentó agarrar una pistola.

—Hijo de la chingada... ¿Cómo llegaste hasta aquí?

—No intentes nada, Luis. Eres muy pinche poco hombre para llamarte Señor del Valle.

—Siéntese en el escritorio y deme la pistola.

Obedeció. Se sentó en el escritorio, que quedaba a un lado de una ventana enorme, panorámica.

—¿Qué quieres?

—Saber el por qué de todo este chiquero.

—Según tú ya sabes, ¿No?

—Lo único que sé es que usted no es el líder de todo esto, que usted es un pendejo más en una chingadera más grande.

—Pues sí, así es Damián... Y tú una plasta...

—Explíqueme —Tiró otro golpe con la mirilla. La sangre volvió a brotar.

—A ver... Yo fui también de la *DFS*, a mi me pusieron a formar esta banda porque en sus años yo comandé a varios asaltabancos.

—¿Quiénes te pusieron?

—El primo de Cardoso, el del gobierno... Orquestaron todo eso del robo a su sindicato porque le generaba pedos al gobierno, además, requeríamos financiamiento... El plan era que Cardoso se legitimara, viene la carrera por puestos en las elecciones. Comisionó a dos policías que tienen el pasado lleno de mierda, por eso dieron contigo, pero a la vez no hicieron nada... Cardoso montó todo este desmadre, los policías estos mandaron a sus *madrinas*.

—¿Eran policías? ¿Toda la policía estaba metida en esto?

—No, Damián, sólo estos dos y un grupo de matones que tenían de *madrinas*.

—¿Pero en qué se beneficiaba Cardoso con lo de los bancos?

—Hay problemas enormes en el país... Pero es más fácil montar uno, hacerse cargo de ese uno y luego salir a vanagloriarse de resolverlo... Hasta presidentes han hecho eso, Damián. Era matar dos pájaros de un tiro, los tiras estos y el gobierno en sí traían rollos con el sindicato, hicieron que el contador se clavara la feria, la trajera para acá, y sabían que todo esto iría a pasar, que iba a haber problemas, que iba a haber muertos... Y ahora nomás ocupan según resolverlo y vanagloriarse, porque Cardoso quiere la regencia...

—¿Entonces ya sabías que nos iban a caer los judiciales?

—No, el plan era que saliera bien, que luego estos dos pudiesen aparecer con el dinero en el noticiero *24 horas* y que Cardoso apareciera tras ellos...

—¿Y qué con el supuesto comandante Solares?

—Ese se enteró y los quería joder bien y bonito, nos iba a echar de cabeza a todos, por eso te mandé a que te lo madrugaras. Y ve... Igual salió para el ojete... A los dos ya nos chingaron, Damián.

El coro de sirenas comenzó a oírse a la lejanía. Damián volteó unos segundos hacia la calle, que se extendía cuan larga era. El sonido de un arma cortando cartucho lo hizo voltear, solo para recibir un disparo rozándole la frente, hiriéndolo, haciéndolo caer al suelo. Sacó la .45 pero un disparo en el dorso de la mano lo hizo soltarla. La pistola de Luis era .22 y la edad ya le afectaba la puntería.

—Ya nos chingaron a los dos... Pero antes te chingo yo a ti.

—¿Le hicieron algo a Rosalba?

—Yo no sé... Si quieres te pego un plomazo y vas a comprobarlo, ¿No?

Un tiro resonó, seguido de otro, y otro. Y cuando Damián abrió los ojos, Luis del Valle yacía en el suelo, con el fino traje blanco empapado en sangre, dos en el pecho y otro en la frente, la sangre había quedado salpicada sobre el papel tapiz floreado de la pared y sobre un enorme retrato suyo uniformado con las galas de la policía de Sonora. Al voltear, con la visión nublada por la sangre, encontró a Rosalba.

—¿Cómo llegaste hasta aquí? —Preguntó Damián.

—Me tardé todo el día en descubrir donde vivía este desgraciado.

—Yo ya lo tenía... Me hubieras dicho.

—Así que querías dejar de hacer esto.

—Mi naturaleza interior, no quiere irse.

—La mía no puede esconderse.

¡Qué frase más pendeja!, pensó Damián de lo que acababa de decir, y probablemente Rosalba igual respecto a lo que acababa de escuchar, algo salido de las peores telenovelas de la historia, de una mente aturdida.

—Horrible...

—Sí, horrible.

Se rieron, ella lo ayudó a levantarse y comenzaron a bajar a medida que las sirenas se acercaban. Subieron a un Taxi cuyo conductor no se escandalizó.

—Esta noche, la violencia ha tomado por sorpresa a los vecinos de la Colonia de los Doctores: un tiroteo se registró en una vivienda al norte de la zona, el saldo final son dos muertos, uno de ellos es Luis del Valle, conocido asaltabancos que aterró a esta y otras ciudades, unos años atrás; también se reportan dos heridos, uno de gravedad. Estos dos heridos son los heroicos oficiales Juan Carlos Reyes y Rosendo Cobián, de la Policía, que hicieron frente a este hombre por órdenes del subsecretario de la Regencia, Gonzalo Cardoso. Reportes preliminares relacionan esto con el asesinato del líder sindical, Jeremías Cardoso, primo del subsecretario. —Fueron las palabras emanadas del radio unas horas después.

XII

El despacho era oscuro. El sol se filtraba por las persianas. El humo de cigarro se iluminaba y en él se formaban figuras de todos tamaños y formas.

—Entonces esa es toda la historia tal como pasó —Finalizó el periodista.

—Todo lo que le he contado, Don Manuel...

—Definitivamente va para la columna... Cada vez tienen menos madre estos tipos.

Damián se levantó y caminó hacia la puerta.

—Sí, cada vez menos...

Se hallaba saliendo del despacho, como había salido de tantos otros. Habían pasado los meses. Rosalba lo estaría esperando afuera de la redacción para pasar a comer algo y de ahí cada quién a su departamento, porque la vida había vuelto a la normalidad para ambos, al menos un poco, al menos para no tener que huir, para no estarse escondiendo en hoteles de Nezahualcóyotl y Xalostoc como estuvieron haciéndolo por unas tres semanas, corriendo por las periferias de la Ciudad, sin querer irse del todo de ella.

Al salir del edificio empezó a caminar hacia el Metro Sevilla por Avenida Chapultepec. Todo aquel día, el sol le había resultado extraño. A las doce del mediodía el sol se veía como el de aquel momento, las cinco de la tarde, comenzando a esconderse. Ya no llovía, pero los zapatos se le habían estropeado por el agua puerca. Esa tarde se sentía extraña, el aire, el sol, todo. Estaba tan perdido, tan distraído en eso, que no se había percatado de que sus pasos ya lo habían llevado a la entrada del Metro Sevilla. Tampoco se había percatado del coche negro que estaba estacionado sobre Chapultepec, idéntico a otro que estaba en la acera opuesta. Permaneció parado afuera de las escaleras de la entrada, hurgando las bolsas de su saco en busca del boleto del Metro. Quizá era el diazepam, quizá era el ambiente tan extraño de aquel día, pero estaba tan ensimismado en las pequeñas cosas que no podía percatarse de lo que pasaba a su alrededor. Cuando se dio la vuelta al escuchar el sonido de la M-1 recargando, nada pudo hacer más que intentar echarse para atrás, hacia las escaleras. La ráfaga aun así lo alcanzó. Rodó por las escaleras con el cuerpo lleno ya de plomo, con la sangre saliéndole a borbotones. Damián Córcega Galván quedó tendido en el suelo del pasillo de entrada a la estación, en un charco que poco a poco iba haciéndose más grande. Ese cadáver sería el signo de exclamación a otra de tantas historias que hacían de esa Ciudad, la Ciudad del Delito.

Ciudad de México. Agosto 2022-Noviembre 2025.